

Los ejes de la pedagogía de san Juan Bautista de La Salle¹

F. LÉON LAURAIRE

1. EL FUNDAMENTO: UNA ANTROPOLOGÍA CRISTIANA
 - 1.1. El Prólogo de las *Reglas de Urbanidad y de Cortesía cristiana*.
 - 1.2. El Prólogo de los *Deberes del cristiano para con Dios*.
 - 1.3. Las *Meditaciones para el Tiempo de Retiro*.

2. LOS AGENTES DE LA EDUCACIÓN: MAESTROS MEDIADORES

3. UNA MODALIDAD ORIGINAL: EL TRABAJO EN ASOCIACIÓN
 - 3.1. La escuela, una aventura en común.
 - 3.2. Se educa mejor en equipo que solo.
 - 3.3. Una formación orientada al trabajo en asociación.

4. EL AMOR, MOTOR DE LA EDUCACIÓN
 - 4.1. Llegar a los corazones: camino de evangelización.
 - 4.2. Los alumnos, en el corazón de la escuela.
 - 4.3. Preferencia por los pobres.

* Especialista en Pedagogía lasaliana. Colaborador del Centro Internacional de Estudios Lasalianos, Roma.

¹ Para permanecer en el marco de la Revista y no alargar excesivamente este artículo, se han eliminado intencionadamente la mayor parte de las citas y referencias. Invitamos, pues, a los lectores a consultar directamente los escritos de san Juan Bautista de La Salle para comprobar lo pertinente de nuestro propósito.

5. LA ORGANIZACIÓN, CONDICIÓN PARA EL ÉXITO

5.1. La adecuación de métodos y objetivos.

5.2. Innovaciones necesarias.

6. LA INCULTURACIÓN, GARANTÍA DE ÉXITO

7. OBJETIVO FINAL: UNA EDUCACIÓN INTEGRADA

8. CONCLUSIÓN

En la esfera de influencia lasaliana actual, hablamos con total normalidad de Pedagogía lasaliana y de proyecto educativo lasaliano, porque estas expresiones son hoy usuales y están ampliamente difundidas. Sin embargo, no pertenecen al vocabulario de La Salle, aunque, por su formación clásica, las conocía, sin duda. La razón de esta ausencia se encuentra, ciertamente, en el hecho de que estos términos tenían connotaciones negativas debidas al origen de la palabra *pedagogo*. Como lo explican, en términos prácticamente idénticos, Antoine Furetière en su *Diccionario Universal* (1701) y Pierre Richelet en su *Nuevo Diccionario Universal* (1709) «*la palabra Pedagogo es injuriosa, a menos que vaya acompañada de algún epíteto favorable, y aun así hay que usarla con mucha cautela*». El término *pedagogo*, en la antigüedad griega y romana, hacía referencia al esclavo que acompañaba al niño durante sus estudios. Por este motivo, los educadores cristianos no querían utilizarlo.

La Salle, en cambio, utiliza espontáneamente los términos *educación, enseñar, maestro de escuela*, y en una acepción muy próxima a la que nosotros les damos hoy. Para él y para los primeros Hermanos, se trataba de conducir y acompañar a los niños a lo largo de su escolaridad, a fin de ayudarlos a adquirir una autonomía personal, profesional y religiosa en el contexto particular de la sociedad y de la Iglesia de su época. Lo que interesa a La Salle, más que la metodología, es hacerse cargo del niño y de su acompañamiento personalizado, a lo largo del proceso educativo.

La concepción de la naturaleza del niño y el proyecto educativo requieren gran coherencia, que lleva a La Salle a modificar la organización de las instituciones escolares de su tiempo, a instituir un nuevo tipo de relación educativa, a restaurar la dignidad de la función magistral, a repensar y adaptar los métodos, con objeto de establecer el mejor marco escolar posible para realizar el proyecto educativo. Las cuestiones a las que intentamos responder esquemáticamente son, pues, las siguientes: *¿A partir de qué, hacia dónde y cómo*, según La Salle, hay que acompañar al niño para educarlo?

1. EL FUNDAMENTO: UNA ANTROPOLOGÍA CRISTIANA

Todo auténtico educador, innovador o no, está guiado por una concepción antropológica. ¿Cómo atreverse a educar a los demás, sobre todo a los jóvenes, si no se es portador de una concepción del ser humano? Predecesores, contemporáneos y sucesores de Juan Bautista de La Salle, como todas las corrientes educativas aparecidas en el curso de la Historia, testimonian una cierta concepción antropológica. Sin elaborar un discurso teórico acerca de ella, La Salle diseña un proyecto educativo a partir de una concepción clara de la naturaleza humana, que debe tenerse en cuenta, ante todo, si se quiere entrar en la lógica de su proyecto educativo.

Siendo él mismo miembro del clero, inserto en una Iglesia responsable del sistema escolar, viviendo en una sociedad cristiana, es muy natural que La Salle creara escuelas cristianas y las organizara, para formar verdaderos cristianos. No lo hizo coaccionado, sino siguiendo la profunda convicción que tenía y que se expresa en el conjunto de sus escritos. Para convencerse de ello, hay que analizar tres textos, breves pero muy densos de contenido: el prólogo de las *Reglas de Urbanidad y Cortesía cristiana*, el prólogo del primer volumen de los *Deberes del cristiano para con Dios* y las dieciséis *Meditaciones para el Tiempo de Retiro*.

1.1. El Prólogo de las *Reglas de Urbanidad y Cortesía cristiana*

Escrita en los últimos años del siglo xvii, esta obra expresa la concepción que tenía La Salle de la persona humana y del comportamiento individual y social que se desprende lógicamente de esta concepción. El conjunto de la obra no se comprende bien sin una referencia constante al Prólogo. En todas las épocas y para todas las señales exteriores de cortesía, lo esencial es conocer la naturaleza profunda de la persona humana: criatura de Dios, templo del Espíritu Santo, llamada a un destino espiritual. De ahí estas frases características: «*Resulta sorprendente que la mayor parte de los*

cristianos no consideren la urbanidad y la cortesía más que como una cualidad puramente humana y mundana, y que, no pensando en elevar más alto sus espíritus, no la consideren como una virtud que tiene relación con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos».

Por tanto, las reglas de urbanidad sólo deben cumplirse *«por motivos puramente cristianos, referentes a la gloria de Dios y a la salvación...»*. Toda la educación de los niños debe estar iluminada por esta visión, tanto en el marco familiar, para los más pequeños, como en la escuela, para los mayores. La *Guía de las Escuelas* lo recuerda también en varios de sus capítulos. El Prólogo de las *Reglas de Urbanidad y Cortesía* cristiana precisa también que a los escolares hay que inculcarles verdaderas motivaciones: *«Serán solícitos en comprometerlos (a hacer lo que sea) por el motivo de la presencia de Dios... Si les enseñan y les hacen cumplir prácticas de urbanidad relacionadas con el prójimo, los comprometerán a darles estos testimonios de urbanidad, de honor y de respeto sólo en cuanto son miembros de Jesucristo y templos vivos y animados por el Espíritu Santo»*.

Estamos ante un lenguaje de fe. Puede despistar, pero es necesario entrar en él para comprender el fundamento de la Pedagogía lasaliana. En todo momento y situación, cualquiera que sea, cada niño debe ser considerado como templo del Espíritu Santo y, por consecuencia, tratado con la consideración y respeto que merece. *«Si todos los cristianos se ponen en situación de dar muestras de urbanidad, de estima y respeto, con estas miras y por motivos de esta naturaleza, santificarán por este medio todas sus acciones y darán ocasión de distinguir, como debe hacerse, la urbanidad y la cortesía cristiana de la meramente mundana y casi pagana.»* Se trata de dar un salto importante para alcanzar la naturaleza ontológicamente espiritual de la persona. Nos encontramos ante una antropología cristiana, fundamento último de la modestia, del respeto, de las relaciones, de la unión y caridad para con los demás. La comprensión de la pedagogía de La Salle exige tener en cuenta todos estos aspectos.

1.2. El Prólogo de los *Deberes del cristiano para con Dios*

La convicción principal de La Salle, expresada anteriormente, no es una consideración pasiva sino que debe traducirse en la práctica educativa para la formación de los jóvenes. Las grandes líneas de esta formación las encontramos en el Prólogo del primer volumen de los *Deberes del cristiano para con Dios*. Tras lamentar la ignorancia de gran número de cristianos, La Salle añade: *«Es lo que hace que, teniendo el designio de formar un cristiano y proporcionarle los medios para llevar una vida digna de su estado y del nombre que lleva, se ha creído que era necesario darle a conocer, en primer lugar, qué es la religión cristiana a la que se gloria de pertenecer, qué significa el nombre de cristiano con el que se honra, las señales que pueden hacer distinguir a quienes lo son, y las virtudes propias y particulares de los que se han comprometido en una profesión tan santa y valorada»*.

En sus escritos, La Salle repite a menudo que no basta con adoptar las apariencias de cristiano, los signos externos, los sacramentos y los ritos por los que se entra o se permanece en la Iglesia, sino que se trata de interiorizar y profundizar todo esto, enriquecerlo con la lectura del Evangelio, para adquirir y vivir el espíritu del cristianismo. El conocimiento de la doctrina cristiana sólo es eficaz y útil cuando desemboca en la vida y en la acción. Es esa una tarea difícil y de mucho empeño que debe desarrollarse de manera constante, a través de todas las situaciones y actividades escolares, para impregnarse profundamente del espíritu del cristianismo.

Para el alumno como para sus educadores, todo depende de las motivaciones de fe que animen su conducta. El verdadero cristiano vive de la fe, por ella orienta su vida y se convierte en íntimo de Jesucristo, su modelo: *«Si amáis de veras a Jesucristo, os dedicaréis también vosotros con todo el empeño posible, a imprimir su santo amor en los corazones de los niños que educáis para ser sus discípulos. Procurad, pues, que piensen con frecuencia en Jesús, su bueno y único Dueño; que hablen a*

menudo de Jesús; que no aspiren sino a Jesús, ni respiren sino por Jesús» (Meditación 102).

1.3. Las Meditaciones para el Tiempo de Retiro

«Dios es tan bueno, que habiendo creado a los hombres, quiere que todos lleguen al conocimiento de la verdad.» La primera y la decimoquinta meditaciones se abren con esta afirmación: *Dios es tan bueno...* Todo ser humano está llamado a compartir el amor de Dios, está llamado a la salvación, según la terminología del siglo xvii. Pero este designio de amor no se realiza en la historia sino gracias a la mediación de otras personas que permiten descubrirlo, dan testimonio de él con su vida, y lo comparten. Es Dios, dice La Salle quien *«ha iluminado los corazones de aquellos que ha destinado para anunciar su palabra a los niños, a fin de que puedan iluminarlos al descubrirles la gloria de Dios».* El maestro cristiano se convierte en depositario, testigo y ministro de este amor infinito de Dios. De este modo, para La Salle, el amor de Dios constituye el origen y el término del compromiso del educador cristiano. El designio del amor de Dios no puede manifestarse y realizarse, hoy, más que por la mediación de aquellos y aquellas que lo han descubierto y acogido y quieren, a su vez, descubrirlo y compartirlo con aquellos que les son confiados.

Las «escuelas cristianas» (expresión habitual de La Salle) no son solamente el resultado de un proyecto humano de alfabetización, de formación o de instrucción –aunque esto sea necesario e indispensable– sino que son suscitadas por Dios como medio para realizar su designio de amor: *«Dios se ha dignado poner remedio a tan grave mal estableciendo las Escuelas Cristianas... Dad gracias a Dios que tiene la bondad de servirse de vosotros para procurar a los niños tan grandes provechos...»*, añade en la segunda Meditación para el Tiempo de Retiro. Tarea noble, eminente incluso, pero muy compleja, que requiere un compromiso radical y constante, consciente y voluntario. Una empresa puramente humana no habría

justificado un compromiso tan radical. Llegar a ser mediador del amor de Dios exige «la persona entera».

Esta fe inquebrantable en el amor salvador, a pesar de las dificultades y las pruebas que jalaron el proyecto de La Salle, ilumina y fundamenta la visión de la persona humana, al tiempo que hace comprender su dignidad y unicidad. Toda persona está invitada a descubrir el amor de Dios, como un don que se le ofrece gratuitamente. Puede conseguirlo gracias a la acción y al ejemplo de otras personas, en particular aquellas y aquellos que se comprometen libremente en el ministerio apostólico de la educación.

2. LOS AGENTES DE LA EDUCACIÓN: MAESTROS MEDIADORES

Por ser ministro del amor de Dios, el maestro no puede contentarse con ser simple profesor, dispensador de conocimientos. Pues, en este caso, su acción no operaría en la dimensión espiritual y en la naturaleza profunda del alumno. En realidad, este maestro está llamado a ejercer un ministerio. A la competencia profesional debe, pues, juntar una conciencia clara de su función y de sus responsabilidades frente a los niños y frente Dios. Debe ser ejemplo y modelo en todo lo que propone a los alumnos y exige de ellos. Sólo con esta condición podrá desempeñar verdaderamente su papel de mediador. Esta es la perspectiva que La Salle desarrolla en el conjunto de sus escritos y que vemos desplegarse en la *Guía de las Escuelas*.

Tras algunos años de búsqueda y de tanteos, durante el decenio 1680-1690, La Salle parece llevar a cabo una triple toma de conciencia que contribuye a dar a su proyecto educativo una configuración original:

- La escuela es el lugar de la realización continua y actual del designio de Dios, es decir, el lugar donde los jóvenes deben poder descubrir el

rostro del amor de Dios a través del de sus educadores. Esta escuela, escribe La Salle, verdaderamente es «la Obra de Dios».

- De esta primera convicción nace y se desarrolla la idea de la asociación entre los Hermanos: la escuela sólo desempeña verdaderamente su misión cuando el conjunto de adultos que son los protagonistas, trabajan «juntos y por asociación» para el mejor servicio de los jóvenes.
- El tercer descubrimiento es que el trabajo de educar exige un compromiso total por parte de los adultos.

Para actuar en tales niveles, el educador debe establecer determinado tipo de relaciones con los jóvenes:

- Debe preocuparse y tomar los medios para conocerlos personalmente, de manera profunda y realista. Las técnicas para llegar a este conocimiento no estaban muy desarrolladas en la época de Juan B. de la Salle, pero los educadores lasalianos las remplazaban por el deseo, la pasión de conocer y acompañar a los escolares. Y esta voluntad los hacía creativos.
- Este conocimiento personalizado no era una proeza de esteta: apuntaba, ante todo, a comprender profundamente al alumno en sus capacidades, sus aspiraciones, sus proyectos y sus dificultades, a fin de respetarle y ayudarlo mejor. Como dice La Salle en su Meditación 33, se trata de llegar a un verdadero «discernimiento de espíritus».
- Esto se consigue manifestando un interés efectivo y dedicando el tiempo necesario. Vivir con los escolares, compartir su vida escolar, captar sus intereses, sus valores, sus ambiciones y su riqueza personal para promocionarlos, tales eran los imperativos de esta educación.

Estas orientaciones pueden parecernos evidentes hoy. No sucedía lo mismo a finales del siglo xvii. Por múltiples razones, analizadas por los historiadores de la enseñanza, los maestros de escuela de esta época estaban muy alejados de este modelo. La Salle estaba confrontado a una realidad que no se correspondía

con la idea que él se formaba del maestro cristiano. Durante más de 40 años se dedicó a restaurar la imagen del maestro, a hacerle tomar conciencia de su dignidad, a formarle, a desarrollar las exigencias de calidad propias de su trabajo, a fin de ocupar su lugar en la sociedad y en la Iglesia.

La Salle habla con frecuencia del buen ejemplo que el maestro debe dar constantemente a sus escolares. En la terminología actual, diríamos que debe esforzarse por llegar a ser un verdadero modelo de identificación para los jóvenes. El maestro debía dar ejemplo primero de lo que exigía a los escolares, cumpliéndolo él mismo. Todos los aprendizajes escolares se hacían esencialmente por imitación. No siendo suficiente la competencia técnica, se ponía en acción el resorte psicológico de la identificación con el maestro. Para que este testimonio fuera claramente percibido y produjera los frutos esperados, debía acompañarse, claro está, de competencia profesional en la organización de la escuela, en el trabajo metodológico y en todos los demás aspectos de la vida escolar.

En todo ello, el maestro debía desempeñar su papel de mediador.

3. UNA MODALIDAD ORIGINAL: EL TRABAJO EN ASOCIACIÓN

Educar para la sociedad y para la Iglesia no puede ser una tarea individual. La Salle vivía en una época en la que todavía existía la figura del preceptor y, sobre todo, en la que las Escuelas Elementales («*Petites Écoles*») se confiaban generalmente a un solo maestro obligado a trabajar aisladamente. El proyecto de La Salle era totalmente diferente y en esto consistió ciertamente una de sus aportaciones más novedosas y originales.

Aunque no escribió un tratado teórico sobre la necesidad y el interés del trabajo en equipo educativo, manifestó ampliamente la importancia de

aquél en toda su conducta con respecto a las escuelas, desde el inicio de su compromiso en esta actividad, en 1679. Todo su itinerario de fundador de la «Sociedad de las Escuelas Cristianas» –y el título de por sí es explícito– ha mostrado cuán firme y obstinadamente creía en la necesidad de un equipo de maestros. Hallamos la confirmación de ello:

- en la constitución efectiva de equipos o comunidades de maestros;
- en las mismas disposiciones de la *Guía de las Escuelas*, que prevén siempre una escuela con varias clases y una estrecha colaboración diaria entre dichas clases y dichos maestros;
- en la constitución progresiva de una red de escuelas, para cuyo servicio los maestros o los Hermanos aceptaban una movilidad geográfica que garantizaba el buen funcionamiento del conjunto; y más todavía, en la fórmula de consagración de los Hermanos, desde sus orígenes, que los comprometía por voto a trabajar «juntos y por asociación».

Esta convicción, convertida en práctica constante, nos abre a la comprensión del proyecto de La Salle:

- La concepción de una escuela con tres clases, y esto no solamente por problemas estructurales, sino ante todo en beneficio de los escolares, que podían repartirse en niveles más homogéneos y, en consecuencia, sacar más provecho de los aprendizajes propuestos. Esta novedad muestra todo su interés, sólo comparándola con la situación de las escuelas de la época que continuaban practicando la mezcla de edades en las aulas.
- La apertura de cada escuela en el conjunto de la red de la Sociedad de las Escuelas Cristianas, a través de la disponibilidad de todos y cada uno de sus miembros permitía traducir concretamente la solidaridad activa en un proyecto común.

- Dicha disponibilidad permitía, a su vez, establecer un equilibrio óptimo en la red, gracias al reparto más racional y funcional de los maestros. Sin forzar la realidad, puede verse aquí una tentativa de gestión de los recursos humanos dentro de un cuerpo social limitado, constituido por el conjunto de los Hermanos. Los votos pronunciados por doce de ellos en 1694, lo hacían posible.
- A través de estas realidades, se comprende fácilmente la pena y el desconcierto de La Salle, en 1712-1714, cuando creyó necesario distanciarse de su Instituto, y observó el intento de ciertos miembros del clero para deshacer el entramado de la red que había establecido pacientemente desde hacía más de treinta años. Los que trataron de separar las comunidades en entidades autónomas no habían comprendido en absoluto el sentido de su proyecto.
- Si los Hermanos, ininterrumpidamente desde 1694, han emitido el voto de estabilidad en la Sociedad de las Escuelas Cristianas, ha sido para asegurar la continuidad del trabajo en la asociación y el buen funcionamiento de la red. Como lo ha mostrado la historia, no se trataba en absoluto de una estabilidad geográfica –en el sentido monástico del término– sino de una permanencia en la adhesión al Instituto y a su proyecto, un proyecto llevado en comunidad y en asociación. Esto subraya que más allá de la fórmula de consagración, lo esencial se encontraba en la manera de vivir este trabajo en común. Mucho más importante que el texto jurídico de compromiso, era el espíritu de asociación que debía animar a los compañeros.

El texto mismo de la *Guía de las Escuelas* es la prueba –al mismo tiempo que uno de los primeros resultados– de la eficacia del trabajo en asociación. En efecto, el Prólogo de esta obra nos recuerda que fue el resultado de una búsqueda en común durante muchos años, el fruto de numerosos encuentros (o «conferencias»), la consecuencia de una experimentación práctica, y no la obra teórica de Juan Bautista de La Salle solo, o de algún Hermano

más experimentado. En dicho texto, o más exactamente en el funcionamiento concreto de la escuela, es fácil advertir la puesta en práctica del trabajo asociativo en la educación. Es el trabajo de una auténtica comunidad educativa: dar escuela es crear comunidad y hacer Iglesia. Sin embargo, dicha comunidad no siempre era fácil de realizar. Las personas eran diferentes. Tenían sus cualidades y sus defectos de carácter, sin duda percibían más o menos el sentido y la importancia del trabajo asociativo. Pero los riesgos de la diversidad, y del pluralismo se obviaban o corregían gracias a la organización de la vida comunitaria. La organización jerárquica de cada escuela y del Instituto de los Hermanos, así como el espíritu de fraternidad que debía reinar en él, protegían contra los peligros de fragmentación.

3.1. La escuela, una aventura en común

La escuela lasaliana es, ante todo, la aventura de una comunidad educativa inserta en una red más amplia de centros similares. Una comunidad educativa que inventa, en la concertación, mejores maneras de acoger y acompañar a los escolares, para formarlos humana y cristianamente, a pesar de sus dificultades y deficiencias. Los forma para facilitarles una buena inserción en la profesión, en la sociedad y en la Iglesia. Fue probablemente el momento en que La Salle y los Hermanos percibieron que la escuela cristiana era la obra de Dios, cuando comprendieron que la educación exigía un trabajo en equipo. De este modo nacieron, se especificaron y codificaron –hacia 1691-1694– el espíritu y las modalidades de la asociación.

Aunque se tradujo en forma de obligación por voto, la asociación no era una simple fórmula pronunciada públicamente: era la realidad de un dinamismo de agrupación, de cohesión, de solidaridad cuyo fruto natural era la constitución de comunidades a la vez religiosas y educativas, la entera disponibilidad de cada uno, la movilidad en el interior de la red, la búsqueda del funcionamiento armonioso del conjunto.

Aunque resulten difíciles de calcular, podemos imaginar fácilmente los efectos positivos del trabajo en asociación. Viene a ser como un movimiento continuo que permite percibir las necesidades de los alumnos en su realidad concreta, idear respuestas apropiadas a dichas necesidades y aspiraciones, ofrecer posibilidades diversificadas de ejecutar estas respuestas, enriquecer la comunidad educativa al compartir ideas, tareas y competencias.

Supuesto lo anterior, una escuela lasaliana está como naturalmente muy atenta a vivir y trabajar con espíritu de asociación, lo que debe observarse fácilmente en la vida diaria y en el funcionamiento de la Institución. Estos son algunos de sus signos:

- Las relaciones entre las personas y su experiencia individual y colectiva.
- Las estructuras de concertación y de compartir.
- Las posibilidades individuales de propuesta, iniciativa e innovación.
- Las modalidades habituales de toma de decisiones y de su puesta en práctica.
- Las formas adaptadas de ejercicio del poder y de las responsabilidades.
- La apertura al exterior, al medio, a la familia, a la sociedad y a la Iglesia.
- La manera de concebir la solidaridad y la interdependencia en el interior de la red.

Todos estos elementos los encontramos en el pensamiento y en la manera de actuar de La Salle. Por consiguiente, la asociación no es un «en sí», encerrado sobre sí mismo, para el mayor bienestar de los adultos –aunque esto no se excluya–, sino un dinamismo al servicio de los jóvenes en los planos educativo, profesional y religioso; con vistas a su crecimiento espiritual personal, a su completo desarrollo y felicidad, y a su inserción en el mundo adulto.

3. 2. Se educa mejor en equipo que solo

No es una petición de principio, sino un hecho probado por la Psicología, la Sociología, el Psicoanálisis y también por la experiencia educativa ordinaria. En efecto, en equipo se observan y se analizan mejor las necesidades de los jóvenes; se les ofrecen modelos de identificación diversificados para permitirles construir su personalidad; se facilita su desarrollo social y relacional. Tal ha sido la tradición lasaliana de siempre. Se ha traducido en la realidad de una comunidad educativa en todos los niveles de la escolaridad; en las relaciones fraternas entre los educadores y educadoras; en la adhesión a un proyecto común desarrollado en espíritu de asociación. Es el «juntos y por asociación», inaugurado en la fórmula de votos de 1694 y constantemente renovado, lo que mejor traduce esta realidad. El lenguaje lasaliano actual es rico en muchas expresiones que traducen este ambiente de trabajo. Recordemos algunas de entre las más frecuentes:

- la acogida y los saludos;
- la convivencia querida, cuidada y enriquecida;
- el compartir los acontecimientos de la vida de cada uno: gozos, éxitos, penas y desgracias;
- la búsqueda de un estilo cálido y afectivo en las relaciones;
- comportamientos de ayuda mutua, espontánea y natural;
- cursos de formación seguidos juntos, puestos de acuerdo y con vistas a un intercambio de ideas y opiniones;
- el comprometerse en actividades de solidaridad;
- el compartir tareas y responsabilidades en espíritu de servicio, actitudes educativas y pastorales coherentes y comunes;
- el compromiso colectivo para el éxito de un proyecto común; el encuentro y el compartir en la oración y en la fe;

- la disponibilidad generosa para un mejor servicio educativo de los jóvenes:
- un objetivo espiritual común, centrado en Cristo nuestro modelo, que nos llama, nos reúne y nos envía.

3.3. Una formación orientada al trabajo en asociación

Resultan significativos el tesón y la convicción con que La Salle se dedicaba a formar equipos de maestros en aquel medio docente de las Escuelas Elementales («*Petites Écoles*») de los siglos xvii y xviii, en el que los maestros trabajaban aisladamente. Lo hizo, sobre todo, por considerarlo beneficioso para los alumnos, al mismo tiempo que como un medio para el enriquecimiento mutuo de los propios maestros.

Quería preparar maestros capaces de trabajar en equipo, tanto en el ámbito de una escuela en particular, como en el del conjunto de la red. La estabilidad que pedía, y a la que los Hermanos estaban ligados por voto, era, en primer lugar, la estabilidad en un grupo portador del mismo proyecto educativo. No es exagerado decir que encontramos ahí las raíces de las comunidades educativas abiertas, en el sentido que damos hoy a esta expresión. Es igualmente indicativo de las intenciones de La Salle, recordar que esta apertura debía ir más allá de los límites demasiado estrechos de una ciudad, de un país, como lo atestiguan la instalación en París y el envío de dos Hermanos a Roma. Considerada como un elemento de la misión de la Iglesia, la escuela lasaliana debía participar de su universalidad.

En sus escuelas de Lyon, Carlos Démia, contemporáneo de La Salle, proyectaba también escuelas con varias clases y organizaba incluso encuentros mensuales de los maestros que estaban bajo su dependencia. La gran diferencia respecto del proyecto lasaliano radicaba en el hecho de que los maestros de Carlos Démia, aspirantes al sacerdocio, no dedicaban más que algunos años a la enseñanza popular. No se encuentra entre ellos

la estabilidad, la disciplina, el espíritu de asociación, que caracterizaban a los maestros de La Salle, y que constituyen la trama esencial de la fórmula de consagración utilizada por los Hermanos.

La formación pedagógica inicial, implantada por La Salle, comprendía una etapa preparatoria fuera del contexto escolar. Discurría en el noviciado o en el seminario de maestros, pero no terminaba allí. Los nuevos maestros debían continuarla –con la ayuda de maestros experimentados– en contacto con la realidad educativa en una clase. De la teoría a la práctica, he aquí un proceso lógico. Los jóvenes aspirantes al magisterio se formaban en su oficio progresivamente, como lo indica la *Guía de las Escuelas*. En este sentido, podrían leerse con provecho los capítulos relativos al catecismo, al catálogo de las buenas y malas aptitudes de los escolares, al nombramiento de los responsables de los diferentes «oficios» en la clase, a las correcciones, a los controles mensuales... Ejemplos todos que manifiestan suma prudencia. La formación humana del maestro, aunque no terminaba en el noviciado, por falta de tiempo y experiencia directa, se continuaba, pues, durante los primeros años de ejercicio del ministerio.

La formación mutua constituía una forma de trabajo asociativo. Este se reforzaba todavía más durante el periodo anual de vacaciones, cuando el conjunto de los Hermanos participaba en el retiro y en las «conferencias» de carácter pedagógico. Otra modalidad de formación mutua eran los periodos en los que se invitaba a algunos Hermanos en Vaugirard para completar o actualizar su formación anterior, si ésta se juzgaba insuficiente. En fin, formación mutua dentro de la clase, por el ejemplo y la ayuda recíproca, por la intervención y el seguimiento asegurados por el primer maestro, por el inspector o por el director.

4. EL AMOR, MOTOR DE LA EDUCACIÓN

4.1. Llegar a los corazones: camino de evangelización

El amor de Dios, ofrecido gratuitamente a cada hombre, debe hacerse visible en el amor que los educadores manifiestan a cada uno de sus educandos. Éste es el sentido global de las *Meditaciones para el Tiempo de Retiro*. Pues el amor de Dios a los hombres es el origen y el fundamento del ministerio de la educación del maestro cristiano, y del Hermano en particular. Quizá fuera más exacto todavía hablar de ministerio del amor de Dios. Según La Salle, el maestro debe ser no sólo testigo verbal del amor de Dios, por haberlo descubierto y experimentado en sí mismo, sino que debe convertirse también realmente en mediador del mismo. Tal es el sentido de la Meditación 33 de La Salle sobre el texto evangélico del Buen Pastor. En esto coincide con las más recientes observaciones de la psicología, incluso de la medicina infantil, acerca de la importancia, realmente vital, del amor para la supervivencia y el desarrollo humano de la persona. Para revelarse, Dios ha querido necesitar de los hombres. Y esto es verdad tanto en el plano espiritual como en el humano. Se trata, pues, de despertar el amor humano en el corazón de los niños. El designio de amor (o de salvación) de Dios no puede realizarse hoy más que por la mediación de aquellos que han entrado en él y se convierten así en personas aptas para hacer que los jóvenes a ellos confiados lleguen a descubrirlo y a compartirlo. *Corazón, bondad, dulzura, ternura, amor, fraternidad...* son otros tantos términos utilizados por La Salle en sus escritos para expresar la naturaleza de la relación educativa cotidiana. La Pedagogía lasaliana es, por naturaleza, una pedagogía espiritual, y la *Guía de las Escuelas* puede ser leída como un libro de espiritualidad.

En este sentido, se comprende por qué La Salle afirma que la escuela cristiana es «de grandísima necesidad» para proporcionar una sólida formación humana que dé acceso a una situación socioprofesional estable, mejor y deseable, pues es de por sí evangelización. Al mismo tiempo, dicha escuela

es lugar donde se anuncia el Evangelio, la «buena noticia» que consiste esencialmente en revelarnos el amor infinito y gratuito del Padre.

Al igual que en los orígenes, hoy el fundamento y la justificación de la escuela lasaliana es el AMOR ofrecido a todos los hombres, especialmente a los pobres, a través de los educadores. Es el mismo Jesucristo quien en el Evangelio nos explica que el amor a Dios y el amor al prójimo constituyen un solo y único mandamiento. El anuncio del Evangelio no se hace únicamente, ni directamente, a veces, a través de una enseñanza religiosa explícita, especialmente cuando se trata de los más pobres, abrumados por problemas y miserias. Dicho anuncio debe adoptar los caminos, más alejados aparentemente, del desarrollo humano, de la desalienación, de la liberación, de la educación humana ofrecida con amor.

De este modo, para La Salle, la calidad de la fraternidad vivida se convierte en criterio esencial de autenticidad de una escuela lasaliana. Por otra parte, no es indispensable para esto que todos los miembros de una comunidad educativa se adhieran explícitamente a la fe cristiana; pero sí lo es que todos actúen con amor, en un espíritu de fraternidad, aunque no sea más que movidos por convicciones puramente humanitarias.

4.2. Los alumnos, en el corazón de la escuela

La educación es esencialmente obra de amor. No de un amor puramente sentimental o emocional, sino de un interés tan fuerte por los jóvenes y su porvenir que impulse a los educadores a comprometerse por ellos, a sentirse interesados por su crecimiento y responsables del mismo, a trabajar por hacerse creativos para procurarles la mejor educación posible. Para esto precisamente se invita a los educadores lasalianos a establecer relaciones cálidas y cordiales con sus alumnos, a fin de llegar a su corazón y ganarlo, como gusta repetir La Salle, a manifestarles una ternura tal que permita a las personas encontrarse y trabajar en mutua confianza y sinceridad. No se trata, pues,

de buscar la satisfacción personal en los sentimientos compartidos, sino de obrar con desinterés, con verdadera gratuidad interior del corazón.

Encontrar el equilibrio entre *la firmeza de un padre y la dulzura de una madre* –la expresión es del mismo La Salle–. Amar a los alumnos no impide ser firmes y exigentes para con ellos. Este amor no es debilidad, pues la debilidad y el dejar hacer no son educativos, no construyen la persona, no proporcionan referencias claras y sólidas en el camino del crecimiento. Leído sin prejuicios, el capítulo de la *Guía* acerca de las «Correcciones» es testigo, a su manera, de la voluntad de poner el verdadero amor en el centro del acto educativo.

Amar a los alumnos es reconocer y respetar a cada persona en su unicidad. Y este respeto ha de ser recíproco: cada uno según su función y su *status* en la escuela, sin agrandar las distancias ni caer en un conformismo artificial. La relación educativa vivida en la verdad es eminentemente educativa para los jóvenes: les revela al hombre y les descubre a Dios.

Y todo en un clima de fraternidad: el propio La Salle escribía que el maestro cristiano debe comportarse ante los jóvenes como un hermano mayor: esto evoca el calor de las relaciones familiares. Hay que cultivar, por tanto, el sentido de la proximidad, mostrar sincero interés, para poder acompañar mejor a los jóvenes en su maduración. Vivir con... Tomar el tiempo necesario para conocerse, apreciarse...; perder el tiempo para todo esto. En otras palabras: estar disponible interiormente para ver y oír mejor lo que los jóvenes quieren decirnos acerca de sus expectativas y necesidades. Y esto es más cuestión de convicción interior que de tiempo.

4.3. Preferencia por los pobres

Desde sus orígenes, la escuela lasaliana se ha rodeado de una clientela específica: los pobres. No está de más precisar que, para La Salle, no se

trataba solamente de la pobreza económica, cuyas lamentables consecuencias no minimizaba en absoluto, sino también de la pobreza social, afectiva, moral y espiritual. La gratuidad constituía una opción irrevocable, ya que permitía a los económicamente pobres acceder, si lo deseaban, a esta escuela. Aunque se organizaba también para ocuparse de las otras formas de pobreza.

En esta lucha contra las diversas formas de exclusión y de marginación, la escuela lasaliana seguía el ejemplo del mismo Jesucristo, que no sólo proclamó su preferencia por los pobres, sino que luchó claramente contra las formas de exclusión, invitándonos a imitarle en nombre del amor de Dios. La parábola del Buen Samaritano, la curación del Paralítico, el diálogo con la Samaritana, la respuesta a los discípulos de Juan Bautista, el Sermón de la Montaña, el relato del Juicio Final... muestran claramente el sentido de su compromiso en este campo. Y al final de su vida terrestre, Jesucristo nos recuerda solemnemente que la salvación de Dios se ofrece y debe ser anunciada a todos.

Por consiguiente, para La Salle y para sus discípulos el amor preferencial por los pobres no nace tan sólo de la compasión, ni siquiera del sentido de solidaridad y de justicia, sino que está primaria y radicalmente basado en la fe y en el amor de Dios. Porque es Él quien funda la dignidad eminente de la persona humana, particularmente desfigurada en los pobres, y se trata de restaurarla para reunir a todos los hombres en el amor de Dios. Con este objetivo, la escuela lasaliana debe esforzarse en trabajar y luchar por el reconocimiento de los derechos de las personas, el respeto a la dignidad humana, la promoción de la justicia, la extensión de la solidaridad, de modo que la paz y la fraternidad reinen en el mundo.

En resumen. No se puede educar verdaderamente sin amar. Y ésta no es una afirmación sin fundamento. Nace de la experiencia humana de todos los tiempos y la confirman científicamente la Psicología y el Psicoanálisis. Es, además, una intuición central del pensamiento de Juan Bautista de La Salle y una característica esencial de la Pedagogía lasaliana. Es

necesario acoger y acompañar (educar) al joven en el amor, un amor que se manifiesta en una relación educativa intensa, rica en ternura y en fraternidad.

Pero es también una relación iluminada por la fe y el Evangelio. El amor a los alumnos se manifiesta diariamente en la mirada, las actitudes, las conductas. Por lo mismo, la búsqueda de competencia profesional, por parte de los educadores, es un deber de justicia con el fin de favorecer la acogida, el diálogo, el acompañamiento.

5. LA ORGANIZACIÓN, CONDICIÓN PARA EL ÉXITO

En los últimos años del siglo xvii y como consecuencia de numerosas «conferencias», los Hermanos y Juan B. de La Salle elaboran la *Guía de las Escuelas Cristianas*. Este texto describe minuciosamente la organización y el funcionamiento de esta escuela; pero sería limitarnos a las apariencias si nos quedáramos ahí. Los principios y las modalidades de esta organización encuentran su significación profunda en el conjunto de los escritos de Juan Bautista de La Salle.

Aunque no sea un documento establecido sobre principios teóricos rígidos, sino sobre experiencias concretas traducidas en reglas de acción, de la *Guía* se pueden deducir algunas reglas concernientes al buen funcionamiento de la escuela. Las opciones concretas por las estructuras escolares, por los métodos y por los medios se derivan de finalidades educativas globales, con una preocupación real por la coherencia interna. Los ejes de esta coherencia los encontramos ya en los aspectos presentados más arriba, a saber: el amor de Dios como origen de las escuelas, los jóvenes en el centro o corazón de todo el proceso educativo, la asociación como forma de trabajar más eficaz en la educación humana y cristiana de los niños.

5.1. La adecuación de métodos y objetivos

La búsqueda de coherencia lleva a La Salle y a los Hermanos a establecer determinado número de reglas para la organización. Observando el funcionamiento habitual de las Escuelas Elementales (*Petites Écoles*), La Salle advierte en ellas algunas deficiencias como por ejemplo:

- la pérdida de tiempo ocasionada por el recurso al método individual de enseñanza;
- lo irracional del aprendizaje de la lectura en latín antes que en francés;
- el desorden, generador de insatisfacción para los alumnos y sus padres;
- la inestabilidad crónica de los escolares y, a veces, de los maestros;
- el recurso a una disciplina excesivamente dura para intentar establecer un mínimo de orden...

La intención de Juan Bautista es solucionar estos inconvenientes. Con este objetivo crea una nueva organización basada en los siguientes principios:

- El orden en todos los aspectos de la vida escolar. El *orden* es una de las palabras más frecuentes en el texto de *La Guía de las Escuelas*; es la primera condición para el buen funcionamiento.
- Orden conseguido y mantenido gracias al silencio casi permanente durante el desarrollo de las actividades escolares. El silencio no es un valor absoluto, sino un medio indispensable para asegurar la eficacia en el trabajo, una forma de respeto a los demás y un elemento favorable para la interiorización de los conocimientos.
- Vigilancia constante por parte de los maestros, con el objeto de crear y mantener un ambiente que favorezca el trabajo escolar y asegure la asistencia y la puntualidad de los alumnos. Una discreta *asistencia* a base de benevolencia y en interés de la persona del niño, no una mera

vigilancia. Dicha *asistencia* constituye un elemento mayor del sistema preventivo, sumamente importante en la Pedagogía lasaliana;

- Viva preocupación por el conocimiento personalizado de cada alumno, con el objeto de asegurarle un acompañamiento individualizado eficaz. Esta condición necesaria para tener en cuenta las particularidades individuales de cada alumno, y criterio para decidir acerca del trato especial que ha de darse a determinados escolares.
- La colaboración y la participación entre todos los colegas y colaboradores de la escuela, incluidos los padres, a pesar de las dificultades inherentes al analfabetismo, situación frecuente en que se encontraban las familias de entonces.

5.2. Innovaciones necesarias

La preocupación por la eficacia escolar conlleva naturalmente otras disposiciones. Antes de enumerar algunas de ellas, conviene subrayar que la eficacia era una preocupación esencial ante la situación de urgencia o de pobreza de muchas familias. De ningún modo convenía que el tiempo pasado en la escuela pudiera parecer a los padres como tiempo perdido, inútil, o como un dejar de ganar en el plano económico. Hay que situar esto en el contexto histórico en el que el trabajo de los jóvenes era normal, necesario a veces, para el equilibrio económico de las familias. La Salle y los Hermanos, como lo testimonia la *Guía de las Escuelas*, eran conscientes de las necesidades de las familias y consideraban la eficacia del trabajo escolar, es decir, el progreso y el éxito de los niños, como un deber de justicia para con las familias. La reflexión sobre estos aspectos llevó a La Salle a poner en marcha, de forma sistemática:

- La enseñanza simultánea, que se practicaba ya en los colegios, pero que no era práctica frecuente en las *Petites Ecoles* populares.

- Una minuciosa progresión en los aprendizajes. En este punto la práctica tradicional de las universidades y de los centros de enseñanza secundaria no había tomado conciencia apenas de este carácter progresivo. La mayor parte de las *Petites Ecoles* tampoco se preocupaban de él.
- La organización de un trabajo «a la medida» para cada alumno, hecho posible gracias a la existencia de varias clases en la escuela y de varias divisiones en las clases, a través de las «*Lecciones*» y de los «*Órdenes*» de lecciones. La clase se encontraba así dividida en varios grupitos bastante homogéneos, sin que se pueda hablar realmente de grupos por nivel de conocimientos o de enseñanza personalizada en el sentido actual de estos términos. Pero sí puede encontrarse en ellos un anticipo de soluciones modernas a la heterogeneidad.
- Controles frecuentes y regulares de los conocimientos adquiridos. Al final de cada mes, de acuerdo con un proceso bien experimentado y muy preciso, los maestros –habitualmente secundados por los responsables de la escuela– procedían a una evaluación de las adquisiciones logradas durante el mes y, según fueran los resultados, se podía autorizar el paso a un nivel superior o la repetición del mismo.
- La puesta en práctica de esta organización escolar exigía una disciplina estricta, a base de asiduidad, puntualidad, estabilidad en la escuela, respeto al trabajo de los otros, pero también de orden, disciplina y autoridad por parte de los maestros. A propósito de esto, hay que observar que la *Guía de las Escuelas* prevé y aconseja la sustitución de los maestros que no puedan lograr un orden y una eficacia suficientes. En el proyecto lasaliano el alumno es lo primero y todo debe contribuir a su éxito.
- En otro orden de cosas, habría que recordar también la estandarización del material escolar con vistas a crear las condiciones materiales deseables para facilitar el trabajo. Este aspecto, eminentemente

concreto, deriva lógicamente de la sistematización de la enseñanza simultánea y de la constitución de grupos de grandes efectivos.

Según el punto de vista en que uno se sitúe, se puede llegar a conclusiones diferentes en lo tocante a la finalidad del orden y de la disciplina en la escuela. Algunos historiadores han visto en ellos el imperio de la norma o de la uniformidad. Se trata de una visión de teóricos, excesivamente «reduccionista». Los que se dedican a la práctica de la enseñanza estarían más de acuerdo con la idea de que dicha finalidad es conseguir mayor eficacia en el trabajo escolar. Una preocupación que está muy presente en la *Guía*, no como un absoluto en sí mismo, sino en la medida en que responde a las expectativas de los padres de los alumnos. Para La Salle y los Hermanos, sus escuelas están al servicio de determinada categoría de padres: los padres pobres o necesitados, para quienes son esenciales el éxito y la eficacia.

La *uniformidad* real que se exige en la *Guía de las Escuelas* tiene la ventaja de permitir la sustitución inmediata de los maestros por motivo de enfermedad, ausencia imprevista, fallecimiento de alguno de ellos... La escuela lasaliana nació en un contexto en el que los accidentes no eran una simple posibilidad, sino una triste realidad. Y aun en este caso, es el interés del alumno el que prevalece: para que pueda aprovecharse realmente de la escuela no hay que dejarle ocioso nunca por ausencia del maestro. En ello se juega también la credibilidad de la escuela con respecto a las familias.

Por otra parte, es necesario situar la escuela en el conjunto de la red de escuelas: la disponibilidad y la movilidad de los maestros, con vistas al buen funcionamiento del conjunto, exigen esta aparente uniformidad, este conjunto de normas, y, por tanto, sólo una *Guía de las Escuelas*. Llegará un tiempo, a partir del siglo XIX, en el que la evolución del sistema escolar tornará progresivamente obsoletos estos principios de funcionamiento. Entonces será necesario flexibilizarlos y diversificarlos.

6. LA INCULTURACIÓN, GARANTÍA DE ÉXITO

Interesa recordar que el proceso educativo de La Salle y de los primeros Hermanos fue esencialmente empírico, experimental, inductivo. Veían en él el camino más seguro para conseguir una positiva inculturación de la escuela: era la vía de un realismo fecundo. Esto mismo fue lo que permitió, históricamente, a la escuela lasaliana su permanencia como realidad viva, flexible y creativa, capaz de evolucionar para adaptarse a tiempos y lugares nuevos, es decir, a las necesidades reales de sus clientes. Todavía en vida de La Salle, dicha escuela, consciente de otras necesidades, fue añadiendo nuevas instituciones a las escuelas primarias ordinarias, tales como la compleja obra de Yon, las escuelas dominicales, los cursos especiales para un grupo de jóvenes irlandeses, la acogida regular de jóvenes no inscritos en la escuela para los catecismos de los domingos y de las fiestas... Son éstos algunos ejemplos que prueban que no había una rígida uniformidad ni una cerrazón estrecha en torno a un único modelo escolar. La historia posterior del Instituto de los Hermanos muestra cumplidamente que el dinamismo educativo sustentado por el proceso asociativo supo crear obras de todo tipo, ya que se trataba, sobre todo, de responder a necesidades educativas nuevas y cambiantes, en beneficio, especialmente, de los más necesitados.

Adaptación e inculturación, que han tenido que experimentarse en contextos sociales y culturales muy diversos, a consecuencia de la internacionalización y de la mundialización del Instituto. La voluntad de inculturación ha sido patente desde el comienzo de la Sociedad de las Escuelas Cristianas, a través de la opción deliberada por una clientela escolar claramente identificada: «los hijos de los artesanos y de los pobres». La falta de adecuación entre las necesidades y la demanda de esta clientela, por una parte, y la oferta de la escuela lasaliana, por otra, hubiera hecho imposible interesar a los padres, hacerles amar esta escuela a ellos y a sus hijos y conseguir el éxito y la promoción socioprofesional de los hijos de los artesanos y de los pobres.

Basta con leer la historia de Juan Bautista de la Salle y analizar sus obras educativas para evidenciar las principales líneas de este esfuerzo de inculturación. Señalémoslas brevemente:

- La opción por el francés como lengua de aprendizaje escolar en una época en que el latín continuaba ocupando un lugar excesivo, también en la educación popular. Lengua de la elite, de los intelectuales, el latín, no servía, sin embargo, para satisfacer las necesidades inmediatas de los artesanos y de los pobres. Si La Salle no fue el primero en utilizar el francés en la escuela, tuvo, en cambio, el mérito de sistematizar su uso, incluso creando para ello instrumentos pedagógicos adaptados al aprendizaje de la lectura.
- La gratuidad, que La Salle consideraba ante todo como un deber moral para quien quiere anunciar el Evangelio, según afirmaba san Pablo, aparecía así también una necesidad concreta para permitir o facilitar el acceso a la escuela a todos los medios económicos. Sin la gratuidad, la mayor parte de los alumnos de dichos medios no hubieran podido disfrutar de los beneficios de la instrucción y de la educación.
- Otro rasgo de la inculturación es la flexibilidad del reglamento, las dispensas de asistencia asidua a la escuela cuando había motivos familiares, profesionales o económicos que hacían necesaria la presencia de los hijos junto a sus padres. Resulta interesante analizar, en la *Guía de las Escuelas*, los motivos de las derogaciones concedidas a determinados escolares en circunstancias muy precisas. Manifiestan la preocupación por preservar la solidaridad familiar o corporativa de estos alumnos, es decir, su futura inserción... ¡Peor para la uniformidad! Al mismo tiempo, hay que tener en cuenta que la concesión de los permisos de ausencia dificultaba el trabajo de los maestros y mermaba tal vez un tanto la eficacia; pero, al mismo tiempo, era prueba de una inculturación realista. Aquí también, lo mejor hubiera podido ser enemigo de lo bueno.

Otro aspecto de este realismo lo encontramos en las disposiciones de la *Guía de las Escuelas* en relación con los peligros reales de la calle en el medio urbano. Varios historiadores se han dedicado recientemente a realizar minuciosos estudios acerca de los fenómenos de la calle en esta época. Han descrito el hormigueo y bullicio de las muchedumbres, los peligros que esto suponía para los individuos, especialmente los pequeños, los solitarios, los pobres. El texto de la *Guía* es testigo de la viva conciencia que la Salle y los Hermanos tenían de esta realidad, de los peligros que podía suponer para los niños de sus escuelas y del hecho de que los comportamientos habituales de la calle eran frecuentemente contrarios a su proyecto educativo de los jóvenes. Por eso la *Guía* organiza minuciosamente –y con realismo– los diversos desplazamientos de los escolares en su itinerario del domicilio a la escuela y viceversa.

- Inculturarse, en el siglo xvii, era también educar para el decoro y la cortesía, una especie de código de conducta para las personas respetables. Como consecuencia de su propia educación, La Salle tenía experiencia personal directa y profunda de estas formas de comportamiento. Querer inculcarlas a los hijos de los artesanos y de los pobres constituía un verdadero reto educativo, al que él mismo y los Hermanos aceptaron responder. Cualquiera que sea, por otra parte, el juicio que se pueda emitir sobre este aspecto de la cultura, conviene alabar este importante esfuerzo de inculturación por parte de la escuela lasaliana.
- Un conjunto de detalles que podemos destacar en la *Guía de las Escuelas*, referidos en concreto a las dificultades económicas de algunos alumnos, ilustran también esta voluntad de inculturación. Sin entrar en demasiados pormenores, recordemos brevemente algunos: el dispositivo creado en la escuela para asegurar gratuitamente a los más pobres el material escolar indispensable para la lectura y la escritura; el sistema de recompensas en beneficio de los más pobres; y hasta el compartir el pan y la carne en el momento del almuerzo y de la merienda en la escuela. En resumen, un gran realismo ante la consideración de las realidades materiales de la época.

- Más importante todavía es el aspecto relacionado con la elección de los aprendizajes escolares. Las *Petites Ecoles* se denominan frecuentemente por los historiadores «*escuelas de los rudimentos*». Subrayemos que la escuela lasaliana iba justamente hasta la superación de estos rudimentos, y ofrecía a los escolares todos los elementos básicos para aprender y ejercer una profesión en el futuro. Si nos detenemos en los detalles, es revelador prestar atención a la naturaleza de ciertas actividades propuestas a los alumnos aventajados en los campos de la lectura, de la escritura, del cálculo y de la ortografía. De forma clara, a veces un tanto repetitiva, la *Guía de las Escuelas* describe actividades que van unidas a realidades profesionales de la época: todo lo referente a los documentos manuscritos, muy extendidos todavía y para los cuales se necesitaba un aprendizaje particular. Y puesto que más tarde iban a encontrarse en sus respectivas actividades profesionales con este tipo de documentos, era necesario que los escolares los conocieran y dominaran el uso de los mismos.

7. OBJETIVO FINAL: UNA EDUCACIÓN INTEGRADA

En numerosas ocasiones se ha escrito que la escuela lasaliana quería proporcionar a los jóvenes una educación integral. Aunque interesante, esta expresión no da cuenta exactamente de la dimensión esencial del proyecto lasaliano. Es cierto que puede comprobarse con facilidad en la *Guía* que la educación se refiere al cuerpo, a las relaciones, a la urbanidad, a los valores, a la voluntad, al dominio de sí, a los aprendizajes escolares, a los conocimientos de la doctrina cristiana... En términos más modernos se podría decir que esta escuela proponía a sus alumnos la adquisición del saber, del saber hacer, del saber vivir, del saber ser y del saber crear.

Pero el proyecto lasaliano, en su origen, pretende ir más lejos: propone una «educación humana y cristiana *integrada*». ¿Qué quiere decir esto? Entre la educación *integral*, que trata de no olvidar el desarrollo de ninguna dimensión de la persona, y una educación *integrada* existe una diferencia análoga a la que diferencia el *análisis sistemático* del *análisis sistémico*. No se trata tan sólo de yuxtaponer, en el tiempo o en el tipo de actividades, los diferentes elementos de formación. Hay que tratar de adquirirlos al mismo tiempo, en el mismo acto. Creemos que en esto radica el punto esencial de la Pedagogía lasaliana, totalmente coherente con la concepción antropológica, con la unidad ontológica de la persona humana.

¿En qué es *integrada* esta formación?

- No única ni esencialmente por la impregnación religiosa que caracteriza el ambiente material de una escuela lasaliana, ni en el desarrollo de las actividades escolares que hacen siempre referencia a la dimensión religiosa, tal como lo vemos en la *Guía de las Escuelas*.
- Tampoco lo es únicamente debido al tiempo considerable –veinte horas semanales de un total de cuarenta– dedicado a actividades litúrgicas, eucarísticas, catequísticas y de oración.
- Es una educación *integrada* sobre todo por las motivaciones espirituales personales que deben animar todas las acciones escolares; por la profundidad de la interioridad que da unidad de miras y de intención a todo. Esto explica por qué la *Guía de las Escuelas* pone tanto énfasis en el silencio, en el recogimiento exterior, en el recuerdo regular de la presencia de Dios, en la reflexión de la mañana y en el examen de conciencia de la tarde. Se trata de recordar y de reforzar constantemente esa mirada interior, la mirada de fe, sobre todos los momentos de la vida. Es una pedagogía esencialmente espiritual.
- A través de los años de formación escolar, como él mismo lo dice, La Salle intenta la creación de hábitos arraigados y espontáneos

en los alumnos, de modo que les sirvan de guía durante toda su existencia y den a ésta una dimensión espiritual conforme a su naturaleza profunda.

- De hecho, al término de este proceso educativo, lo que está en juego es la libertad personal interior. Es el encuentro efectivo con el amor de Dios. Descubrimiento que constituye el objetivo último tanto de la educación como del destino humano. Es el centro mismo de nuestro ser. De esta manera, la educación lasaliana no quiere limitarse a algunas dimensiones de la persona, sino que busca abarcar a TODO el hombre, en un mismo movimiento, en un mismo acto, en un dinamismo espiritual ininterrumpido. El resultado será el equilibrio y la armonía de la persona al término de su maduración.

8. CONCLUSIÓN

Desde sus orígenes, el objetivo final de la escuela lasaliana ha sido evangelizar a toda la persona del alumno para hacer de él un auténtico discípulo de Jesucristo, y, al mismo tiempo, un profesional competente y un ciudadano educado. Para lograr esto, deben tenerse en cuenta simultáneamente todas las dimensiones de la persona.

Es, pues, insuficiente presentar algunos aspectos pedagógicos o metodológicos para informar acerca de la educación preconizada por san Juan Bautista de La Salle. Hay que hablar también y sobre todo de espiritualidad. Dedicado a observar las realidades de la vida y las necesidades concretas de los niños pobres, reforma la escuela hasta el punto de hacer de ella una realidad nueva y una fuente de inspiración y de imitación para el conjunto de la enseñanza primaria de Francia. Lo que le importaba era crear un lugar en el que los maestros, velando por los alumnos desde la mañana hasta la tarde, pudieran enseñarles a vivir bien, es decir, a penetrar en los designios de Dios sobre ellos. Y esto lo consideraba como

una función capital en la Iglesia, una misión que exigía personas consagradas, totalmente entregadas al cuidado de los escolares, integrados en una comunidad educativa consistente.

Al término de esta breve presentación, nos encontramos, pues, con el fundamento antropológico destacado al comienzo: el niño en su globalidad, en su destino espiritual, en su naturaleza misma. Signo esencial de coherencia en el despliegue del proyecto educativo es el amor de Dios, *alfa* y *omega* de la trayectoria de toda persona humana.